

L A derecha no es una sola, y siempre ha sido más difícil unir la

EL CENTRO-DERECHA, NECESARIO

que a la izquierda. Simone de Beauvoir dijo al respecto que la explicación filosófica es elemental: «El error es múltiple y la verdad es una.» El problema es más complejo: la izquierda es más ideológica y la derecha más realista; en la izquierda es más fácil a unos pocos líderes orientar a una gran masa de seguidores; en la derecha es mayor el número de personas de alto nivel profesional e intelectual que opinan y discuten y critican.

Sin embargo, la derecha necesita, como el que más, unirse y actuar con eficacia. Conviene aclarar por ello qué ideas son válidas hoy para lograr una eficacia real en la vida política de hoy.

La primera formulación de la derecha, en España como en el resto de Europa, fue el tradicionalismo; con tendencia integrista. Había en la España de comienzos del siglo XIX un orden social creado a lo largo de siglos, en torno a la unidad religiosa más celosamente defendida del Occidente; en torno a la vida típica de las aldeas y los pueblos agrícolas, y apoyada en el sistema político de la Monarquía absoluta. Frente a la ideología liberal, que propugnaba una mayor libertad intelectual y moral; frente al nuevo orden social, creado en torno al comercio y a la industria, y a un mayor peso de las ciudades; y frente a la reforma política, que postulaba una Monarquía constitucional, con un control parlamentario, se organizaron toda clase de resistencias. De 1810 a 1840, la lucha entre la España tradicional y la liberal fue a muerte, y la guerra civil de los siete años una de las más dramáticas de los tiempos románticos. Más que en ningún otro país, la derecha integrista ha sobrevivido. Pero de modo cada vez menos eficaz. Hoy nadie puede pretender volver a la España de Carlos IV. Los carlistas proponen hoy un socialismo autogestionario; nadie defiende hoy que, malos como son los suburbios de Madrid, Barcelona y Bilbao, sus gentes puedan volver a los cortijos andaluces y extremeños, y a nadie se le ocurre hoy que puede haber un Rey como Fernando VII.

Por lo tanto, no puede haber una derecha ultra o integrista. Sus escasos partidarios saben que sólo podría imponerse por la fuerza, y el resto del país lo sabe también.

En la década de los años 40 del pasado siglo apareció una segunda versión de la derecha: los moderados. La derecha moderada equivale al orleanismo francés; acepta el nuevo mundo liberal, pero desea estabilizarlo frente al des-

plazamiento constante hacia la izquierda de otros grupos que de «liberales» en Cádiz (1810-1814) pasan a «exaltados» en los «tres mal llamados años» (1820-1823), y a «progresistas» en los años 40, para ser más tarde «demócratas» y más tarde «republicanos», pronto desbordados por los anarquistas y los socialistas.

Los moderados conciben un Estado más fuerte (una de sus grandes creaciones es la Guardia Civil, relevando a la demagógica Milicia nacional), y basado en el desarrollo de la empresa capitalista. Una burguesía de negocios sustituye a la burguesía romántica y de agitación. Esta resurge en la revolución de 1868, pero Cánovas logrará, a fin de siglo, el gran éxito de convertir a los moderados en liberalconservadores. El Partido Conservador, con todos sus defectos, logra (sobre todo con Maura, incomprendido y defenestrado por la unión de las izquierdas y el maquiavelismo de Palacio) un planteamiento serio del Estado constitucional, un claro lanzamiento del desarrollo económico y un restablecimiento de la convivencia basado en la mutua tolerancia. Un gran período intelectual y el comienzo del despegue económico-social son sus consecuencias más indiscutibles.

En los años 20 de este siglo resurge algo que ya había encarnado Narváez, que no acabó de cuajar Primo de Rivera, y que habrá de ser uno de los elementos más importantes de ese complejo fenómeno que fue el franquismo. Es el equivalente de lo que fue el bonapartismo en Francia, sobre todo en el segundo Imperio. Una derecha no ultra, no exclusivamente burguesa, tan desarrollista como conservadora, que entiende que las crisis económicas y sociales de nuestro tiempo requieren instrumentos más eficaces que los ya superados del Estado liberal; y que la resistencia a la revolución exige igualmente medios más ené-

gicos que los tradicionales. No cabe negar los frutos positivos de la Dictadura

y del período franquista para el desarrollo económico y social; no cabe ignorar tampoco que hoy estamos en un momento histórico y en una actitud de la opinión radicalmente diferente de la de los años 20 y 30.

¿Cuál es, pues, la actitud válida de una derecha civilizada, realista, con posibilidades efectivas como alternativa de Gobierno, no golpista, con visión de futuro? A mi juicio, la respuesta es clara: el centro-derecha, que de una forma u otra es la derecha actual en Inglaterra, en Francia, en Alemania y en Estados Unidos, aunque los nombres y las fórmulas locales no sean las mismas.

El centro-derecha no es ultra, ni integrista. Sus objetivos no son la sociedad perfecta, ni sus métodos consisten en tratar de imponerla, por las buenas o por las malas. Participa de un respeto a la tradición, pero reconoce que ha de ampliarse y enriquecerse en cada generación; defiende la moral pública, en todos los sentidos de la palabra; acepta el progreso y la tolerancia dentro del orden y de la Ley; juega dentro de las reglas democráticas, con todas las consecuencias.

El centro-derecha es un instrumento al servicio del puro capitalismo. Cree que el sistema de libre empresa es superior al capitalismo de Estado; pero acepta la función social de la propiedad, un sistema fiscal justo, y la economía de mercado la concibe como economía social de mercado, al servicio de la comunidad. Pero no cree en la burocratización de la economía, ni en la escuela única, ni en el progresismo utópico como sistema, sino en la realidad del trabajo, del ahorro y de la seriedad.

El centro-derecha, en fin, no es partidario del golpe ni de la dictadura. Cree que sin un Estado fuerte la sociedad va a la deriva; cree que la democracia fuerte es preferible a la demagogia; pero respeta demasiado a las Fuerzas Armadas para pedirles lo que no pueden ni deben hacer. Las desea fuertes para la defensa de los enemigos interiores y exteriores; desea un orden público real y creador de confianza; no aceptará bromas pesadas sobre la unidad nacional. Pero desea actuar desde la sociedad civil y dentro de una Constitución realista y flexible, aceptada por la mayoría.

El centro-derecha es necesario. El centro-derecha es posible. Hacerlo exige esfuerzos de muchos y no pocos sacrificios. No los regatearán quienes piensen que España es lo más importante.

Manuel FRAGA IRIBARNE